
¿CULPABLE O INOCENTE? SANTANDER Y LA NEFANDA NOCHE SEPTEMBRINA

Germán Riaño Cano

Veinticinco de septiembre de 1828. Medianoche. Sobre Bogotá caía una llovizna fina y pertinaz. Hacía frío. Una clara luna iluminaba las estrechas callejuelas empedradas del centro de la apacible ciudad que dormía desde tempranas horas. Su Excelencia el Libertador presidente de Colombia (entonces unida con Venezuela y Ecuador) acababa de conciliar difícilmente el sueño en su aposento del Palacio de San Carlos. A su lado velaba Manuela Sáenz, la bella quiteña que lo dejó todo, hasta su marido, por seguir al gran hombre de cuyo encanto incontrastable quedó definitivamente prendada, cuando lo vio entrar, nirvado por la gloria, a su ciudad natal.

De pronto un alboroto proveniente de las puertas de palacio acompañado de un intenso ladrido de perros despertó abruptamente al célebre General Bolívar. Temiendo lo peor — el riesgo de atentado criminal hacía parte de las diarias preocupaciones del gobernante — se levantó de un salto, tomó su espada y una pistola e intentó abrir la puerta para enfrentar el tropel de gente que la golpeaba queriendo derribarla, Manuela lo detuvo, le urgió ponerse el uniforme que estaba a su alcance y le calzó sus botas femeninas ya que las del general no estaban cerca. Le pidió que saltara por la ventana. Así lo hizo el Libertador de cinco naciones, quien tuvo que huir para defenderse del puñal enemigo levantado arteramente contra él por unos conspiradores convencidos de que con ello salvarían la República de la traición de su propio creador. Según ellos, Bolívar desvió sus propósitos iniciales por ambición, egolatría y lujuria de poder, hasta llegar a convertirse en un tirano que abolió las libertades públicas y que abrigaba la pretensión nada menos que de coronarse emperador o rey de los países por él mismo emancipados. Para el criterio acendradamente liberal y democrático de los conjurados, se trataba de

un apóstata de sus propios principios, de otro César, de otro Napoléon que, embriagados con sus triunfos, acabaron subyugando a los pueblos que antes sirvieron con tanto desnudo como supuesto desinterés.

El objetivo de la conjura, declararon luego los partícipes, era apresar al dictador, nombrar un comandante en jefe de Cundinamarca y luego, en acuerdo con los jefes de los demás departamentos que integraban la República de Colombia, reunir al Senado para que designara un nuevo presidente.

No tenían en principio los conspiradores el propósito de asesinar a Bolívar, pero estaban dispuestos a todo lo que resultara indispensable para el logro de sus fines.

Así, cuando llegaron al palacio provenientes de la casa de uno de los comprometidos en el siniestro plan, el poeta Luis Vargas Tejada, y encontraron un solitario miembro de la guardia, otro de los complotados, el aventurero catalán Agustín Hormet, lo hirió de una estocada por la espalda. Pasaron a la alcoba del Libertador. Manuela Sáenz con admirable valor y serenidad los enfrentó espada en mano. Uno de los hombres, el tosco Teniente venezolano José Ignacio López (alias Lopótez) trató de agredirla, pero Hormet se interpuso con energía diciendo: "aquí no hemos venido a matar mujeres". Observaron la cama destendida y la ventana abierta. Entre tanto, llegó a las puertas de palacio el Coronel irlandés Guillermo Ferguson, ignorando qué pasaba. El Coronel venezolano Pedro Carujo lo mató de un tiro de pistola. Acudió el Teniente Andrés Ibarra preguntando si era cierto que el Libertador había muerto, a lo que contestó Manuelita: "No, él está vivo y a salvo de sus enemigos". El desconcierto se apoderó de los conjurados que salieron gritando "muera el tirano" y se dispersaron en distintas direcciones.

EL LIBERTADOR LIBERTADO

Bolívar, corriendo calle arriba encontró un criado de palacio y con él fue a refugiarse bajo el puente del Carmen que cruzaba el río San Agustín ya convertido en cloaca. Allí permaneció hasta el amanecer cuando al oír unas voces de "viva el Libertador" envió al criado a averiguar de qué se trataba, y como éste regresó con la noticia de que el Batallón Vargas, leal a Bolívar, lo buscaba para protegerlo, se unió a la tropa y marchó a la Plaza Mayor. Allí se reunió con varios altos militares: los Generales Rafael Urdaneta, José María Córdova, Joaquín París; varios ministros; algunos ciudadanos, y tropas de los Batallones Vargas y Granaderos.

El exvicepresidente, General Francisco de Paula Santander, se encontraba esa noche acompañando a su hermana Josefa, casada con el Coronel venezolano José María Briceño Méndez, y quien tenía dificultades por un parto complicado. Hasta la ventana de la residencia de su cuñado, situada cerca de la iglesia de San Francisco, llegó el ruido de tropas en la calle. Averiguó Briceño qué pasaba y enterado del grave suceso, él y Santander resolvieron ensillar sus caballos y dirigirse a la plaza. Allí fue recibido hostilmente por Bolívar y sus acompañantes, de modo que Santander entendiendo que como él era la cabeza más destacada de la oposición a la dictadura de Bolívar podría culpársele, preguntó a Urdaneta qué pensaba el Libertador, qué debía hacer. A lo que Urdaneta lo invitó a acompañarlo a su casa. Siendo huésped de Urdaneta éste mismo lo mandó poner prisionero como sospechoso de ser el jefe de la conspiración, lo cual desde ese momento era una imputación tan falaz como temeraria.

UN PLAN ABSURDO

Treinta y siete fueron en total los conjurados. Se repartieron en dos grupos. Uno se encargó de asaltar el palacio. Otro de tomarse los cuarteles. Pero todo fue un plan absurdo, pésimamente organizado. Lo cual, como dice la excelente historiadora Pilar Moreno de Angel, autora de la mejor biografía de Santander, cuya lectura por cierto es un auténtico deleite intelectual, constituye la mejor prueba de la no participación del "Hombre de las Leyes" en el suicida proyecto criminal. Santander, un probado estratega militar, connotado político y avezado estadista, no habría sido tan estúpido de intervenir en una aventura evidentemente alucinada, tonta e ilusa. Ni siquiera se pensó en custodiar las posibles vías de escape, como la ventana por la que afortunadamente pudo saltar el Libertador, si no, logran asesinarlo. Además ¿cómo pretender que pocos hombres tomaran cuarteles a que pertenecían cientos de soldados de reconocida lealtad a Bolívar?

El proyecto criminal, estaba previsto para el 28 de octubre, día de San Simón Apóstol, cuando se sabía que se celebrarían fiestas en honor a Bolívar, de manera que en la congestión de numeroso público se podría atentar sin mucho riesgo contra el presidente. Pero la imprudencia de un Capitán, Benedicto Triana, quien por efectos del licor reveló sus intenciones a otro oficial diciéndole que tenía planes para "joder al viejo Bolívar que le ha dado por volverse tirano", puso en apuros a los conspiradores el 24 de septiembre. Por eso resolvieron precipitar los hechos para el día siguiente. Las infidencias de Triana se las comunicaron al propio Bolívar y éste ordenó instruir una investigación sumaria al Coronel Ramón Nonato Guerra, jefe de estado mayor. No sabía el Libertador que precisamente ese oficial era el principal militar comprometido en la conjura. Así que informó a sus

cómplices que él mismo había tenido que apresar al Capitán Triana y que era de suponer que ese "soplón" contara todo.

Guerra tenía la misión de reunir en su casa a los oficiales más destacados para, llegado el momento, neutralizarlos, pero no cumplió. Se fue a jugar cartas a casa nada menos que del General Rafael Urdaneta.

El asalto a palacio lo hicieron 16 soldados a órdenes del comandante Pedro Carujo y 10 civiles al mando de Agustín Hormet. El resto se encargó de lo de los cuarteles. Algunos cómplices no estuvieron presentes, como fue el caso de Ezequiel Rojas, futuro fundador o sistematizador del Partido Liberal Colombiano, quien se hallaba en su tierra natal, Miraflores (Boyacá).

Casi todos los conspiradores eran jóvenes. Los más destacados con su corta edad fueron los siguientes: Coronel Ramón Nonato Guerra (27 años); Comandante Pedro Carujo (26), ayudante del anterior; Mariano Ospina Rodríguez (23), futuro fundador del Partido Conservador; Luis Vargas Tejada (26); Ezequiel Rojas (25); Florentino González (23); Wenceslao Zuláibar (24); Agustín Hormet (29); Pedro Celestino Azuero (21), y Juan Miguel Acevedo (20), hijo del tribuno del pueblo del 20 de Julio, José Acevedo y Gómez. Otro, el misterioso extranjero Juan Francisco Algañil tenía 70 años. De los anteriormente nombrados, unos fueron fusilados en un patíbulo erigido en la Plaza Mayor, otros huyeron y obtuvieron después indulto, y otros pocos fueron absueltos.

DOS GRANDES INOCENTES

Dos grandes inocentes fueron juzgados por el tribunal que al efecto se estableció. Correspondía presidir dicho tribunal al intendente militar de Cundinamarca, Coronel Mariano París. Este gallardo militar, héroe de muchas batallas, declaró inocentes a José Prudencio Padilla, el gran almirante de Maracaibo, y a Santander, sin duda el mejor hombre, entonces y ahora, que ha nacido en Colombia, insigne patriota, epónimo ciudadano y excelso gobernante. Lo que, por fortuna, está reconociendo la posteridad.

Pero disgustó a Bolívar la sentencia y, como el glorioso General Córdova, ministro de Guerra, se negó a participar en la farsa jurídica que pretendía a toda costa condenar a dos ilustres compañeros de armas, fue relevado del ministerio, pese a su entonces ferviente adhesión a Bolívar. Se designó en su reemplazo al inefable General Urdaneta, a quien además se le encargó de las funciones de juez de esa causa, porque lo anteriormente actuado por París pareció demasiado benévolo. Desde luego, el General Urdaneta revocó la sentencia y, en su lugar, dictó pena de muerte para Padilla, primero, y, días después,

para Santander. Lo de Padilla fue una infamia que nunca acabará de lamentar la historia. Nada tuvo que ver con la conspiración. Estaba preso por otra injusticia del comandante de Cartagena, General venezolano Mariano Montilla, adulador máximo de Bolívar. Montilla envidiaba la inmensa popularidad de ese héroe de color entre los negros de Cartagena y resolvió ver en él a un enemigo del Libertador. Padilla esperaba juicio y por sus acciones supuestamente subversivas contra la dictadura y, cuando en la nefanda noche septembrina los conspiradores lo pusieron en libertad, al saber el motivo, voluntariamente regresó al sitio de reclusión. No obstante, eso fue para Urdaneta prueba de su complicidad con los que intentaron libertarlo y, por eso, lo condenó a morir degradado. A él que es el mejor símbolo de la fuerza naval del país, que derrotó definitivamente en el mar a los españoles y libró a Colombia, Venezuela y demás países de nuevas incursiones de reconquista española, la patria le pagó pésimamente. La Guajira, su tierra natal, debería llamarse departamento de Padilla.

UN JUICIO INICUO

La saña del General Urdaneta contra Santander fue suficiente casi como para borrar los méritos guerreros de ese valeroso militar colombiano. En su furioso empeño de condenar a Santander, no vaciló en cometer cohecho y prevaricato: hay una carta suya a su cómplice en la criminal empresa de destruir a Santander, el siempre malévol General Montilla, en que prácticamente confiesa que ha hecho todo lo posible por condenar al "Hombre de las Leyes", pero que ha sido muy difícil lograrlo, en vista de la obstinación de los testigos por negar a todo trance su participación. En efecto, no valieron coacciones ni halagos como el de perdonarles la vida y hasta dejarlos en libertad.

Dos testigos, Pedro Carujo y Florentino González, dijeron que a Santander no le habían informado nada porque sabiendo de su oposición a las soluciones de fuerza y su natural repugnancia al asesinato, temieron que revelara el plan, como en efecto lo había hecho con dos intentos anteriores de matar a Bolívar en ese mismo año. Uno el 10 de agosto cuando se celebraba el aniversario de la entrada a Bogotá del Libertador, después del triunfo de Boyacá, y Santander se presentó al baile de máscaras que con tal motivo se realizaba en el Coliseo (hoy teatro Colón, frente al Palacio de San Carlos), convenciendo a Bolívar, a quien cubrió la espalda, para que se retirara. Otro el 21 de septiembre cuando Bolívar de visita en Soacha iba a ser asesinado por Carujo y cuatro cómplices, y Santander, informado por Florentino González, hizo que éste convenciera a Carujo de desistir

del criminal propósito. Eso para Urdaneta resultó ser prueba contundente de que Santander era el inspirador o autor intelectual de todas las conspiraciones.

La verdad, por el contrario, es que esas dos veces Santander salvó a Bolívar cosa que evidentemente nunca le agradeció. Como también es cierto que Santander en su indagatoria recordó cómo en los llanos venezolanos, en el Rincón de los Toros, cuando ocurrió una emboscada de españoles que sorprendió a Bolívar y varios oficiales, el mismo Santander salvó al Libertador de ser aprehendido entregándole su caballo para que huyera. A la postre, los dos se libraron, pero es evidente que ahí también Santander salvó a Bolívar. La invocación era tan auténtica que Bolívar no la negó, ni Urdaneta la contradujo.

El juicio por lo del 25 de septiembre fue tan inicuo que a Santander no se le permitió asistir al mismo para defenderse, ni siquiera nombrar abogado. Además, se desconoció su fuero militar. Nada importó aquello ya vigente de que nadie puede ser condenado sin haber sido oído y vencido en juicio, ni lo de que nadie puede ser juzgado sino con arreglo a leyes preexistentes al hecho que se imputa. Se le aplicó la ley de conspiradores que se dictó después de los hechos materia del juicio y no se le aplicó la ley especial para militares.

EL PRECIO DEL DEBER

Condenado a muerte, degradación como militar y confiscación de sus bienes, Santander recibió al fin la conmutación de la pena por el destierro. Aparente magnanimidad de Bolívar, quien, sin embargo, ante todo lo que hizo con eso fue preservar su gloria de la mancha de la sangre del mejor de sus antiguos amigos, de su más eficiente colaborador, sin cuya ayuda de seguro no hubiera logrado la culminación de su gesta guerrera, ni menos la organización de la República como la plasmó Santander.

El autor de este artículo no tiene animadversión, sino al contrario profunda veneración histórica por Bolívar; Santander fue víctima de aduladores cortesanos. Su equivocación la reconoció El Libertador aunque tardíamente. Justo un mes y un día antes de morir escribió en tal sentido al propio Urdaneta, quien acababa de usurpar el poder derrocando al que Bolívar dejó encargado de la presidencia, don Joaquín Mosquera. Dijo Bolívar en esa carta: "lo he visto palpablemente... el no habernos compuesto con Santander nos perdió a todos".

Conmutada la pena de muerte por gestión de Córdova y Sucre que le hicieron ver a Bolívar cómo ese fusilamiento sería mácula imborrable para su gloria, a solicitud del Consejo de Estado y ante la

determinación del clero y de numerosas damas de la sociedad bogotana de interponerse ante el pelotón de fusilamiento, Santander salió desterrado, pero se le detuvo ocho meses, confinándolo a los calabozos de Bocachica, en Cartagena. Ante gestiones de amigos y parientes, al fin se le permitió salir para Puerto Cabello y allá, en Venezuela, se pretendió detenerlo de nuevo, pero, curiosa paradoja, fue el General venezolano José Antonio Páez, su fiero y eterno enemigo, quien conmovido por la suerte indigna de su antiguo compañero y jefe, resolvió otorgarle el pasaporte para trasladarse a Europa.

Así pagó Santander su defensa irreductible de los principios democráticos. Bueno, sigue el cuento del ostracismo de Santander y su posterior reivindicación hasta ser elegido por unanimidad del Congreso como presidente de la Nueva Granada. Pero esa es otra historia... que me gustaría contarle en otra edición a los amables lectores de la Revista de las Fuerzas Armadas.

HAGA MAS VENTAS POR CORREO, UTILIZANDO EL "SERVICIO DE REEMBOLSO C.O.D." DE ADPOSTAL



Es un servicio que le permite estar en varias ciudades a un mismo tiempo entregando y cobrando a la vez su mercancía! Parece increíble, ¿verdad? Usted hace el envío de sus productos y en el momento mismo en que su cliente los retira de nuestras oficinas, le giramos su dinero!

Además es rápido y seguro!




CORREO DE COLOMBIA
llega seguro y a tiempo!
 MAYOR INFORMACION TEL. 1 41 55 21 y 1 42 46 42